

vertido en ladrón y en asesino. Al pasar por un lujoso café, resplandeciente de luz, se miró las manos... Ni una gota de sangre. ¡Al fin! ¡Estaba hecho!

Y el miserable joven había sufrido tanto que su crimen le pareció una liberación y al palpar el oro que llevaba encima se creyó salvado y exhaló un largo y horrible suspiro de alivio.

## XV

El día siguiente de este asesinato, Cristián Lescuyer, Fiscal de la Audiencia de París, había pasado la tarde trabajando en su magnífico despacho, cuyas ventanas daban á la Plaza Real.

Aunque apenas había cumplido cincuenta años Cristián Lescuyer tenía el aspecto de un viejo y ofrecía más que nunca una asombrosa semejanza con su difunto padre. En aquella habitación sombría, rodeado de viejos libretes é inclinado sobre una mesa llena de papeles, estaba escribiendo con mucha atención y con un fruncimiento de las espesas cejas que casi le cubrían los ojos con sus enmarañados pelos grises.

Viudo desde muy joven, había pasado cerca de veinte años viendo sufrir y morir lentamente á su hija única, pobre tísica que se había extinguido en sus brazos el año anterior. Tan sólo el

trabajo, un trabajo encarnizado, llenaba ya aquella lúgubre existencia. Había emprendido una enorme obra de derecho penal, cuyos cinco primeros tomos le conquistaron un puesto distinguido entre los jurisconsultos. En el Palacio de Justicia se tributaba gran consideración á su elocuencia y á su talento. Muy apreciado por sus superiores y por sus colegas, hubiera podido aspirar á los más altos cargos de la magistratura, pero no tenía ambición y se dejaba postergar por los más hábiles. Aquel hombre frío, de absoluta dignidad de costumbres y de carácter, no tenía otro gusto ni otro deseo que el del trabajo. Todo lo demás le inspiraba cansancio y repugnancia y no lo consideraba digno de ningún esfuerzo.

Desde la muerte de su hija, Lescuyer se había sumido más y más en el estudio y en la soledad y en aquel tropical y tempestuoso mes de Agosto, aun estando en plenas vacaciones judiciales, permanecía en París y no dejaba la pluma, ni de día ni de noche, empeñado en dar cima al sexto volumen de su grande obra. Aquel hombre no había olvidado la grave falta cometida al empezar el camino de su vida y conservaba, si no remordimientos, un recuerdo frecuente y penoso de aquellos hechos. En vano pensaba que con tanto

sufrir había expiado su falta. Su conciencia no podía sustraerse á ciertos escrúpulos. « Yo juzgo, pensaba á veces, yo, que he pecado y que no he podido reparar el mal que hice. » Y buscaba obstinadamente en las más antiguas leyes y en los textos más venerables, con un vago deseo de excusa para sí mismo, la prueba de que el magistrado es necesario y de que la sociedad no le da solamente el poder de castigar como un derecho legítimo sino que se le impone como un imperioso deber.

Aquel día, sin embargo, la atmósfera sofocante y el calor abrumador desanimaron al obstinado trabajador.

« Basta por hoy, dijo rechazando un *in-quarto* del que acababa de copiar una sentencia. Me ahogo. Necesito tomar un poco el aire. »

Se acercó á una ventana y miró el melancólico paisaje, el cielo bajo y ceniciento, la Plaza Real, en la que parece que flota una sensación de grandeza caída, la pesada estatua de Luis XIII, los escasos paseantes en el polvoriento jardín, los árboles rojizos y casi despojados ya de sus hojas por el otoño prematuro de las grandes ciudades.

« Salgamos, dijo en alta voz. Estoy demasiado solo. ¡Qué vida!... »

Y se marchó por las calles andando lentamente y al azar.

De pronto le vino á la memoria Donadieu, su amigo de la infancia, su único amigo íntimo, al que no había visto hacía muchos meses á causa de su carácter insociable.

El escultor, ya célebre y lleno de honores y condecoraciones, no había hecho fortuna á pesar de todo. Tenía, sin embargo, frecuentes encargos y vivía en una relativa abundancia. Fiel, como tantos otros, á su querida orilla izquierda del Sena, vivía en la calle de *Notre-Dame-des-Champs*, en un pabellón con gran taller y un jardín como un pañuelo.

« No produce más que girasoles, como el jardín del guarda-aguja de la estación de *Saint-Lazare*, decía Donadieu que, bajo su encrespada cabellera blanca no había perdido sus bromas de bohemio. Hasta el punto, proseguía, de que cuando estoy en él fumando mi pipa me aterra pensar si habré abierto paso al tren 64 suplementario y le haré chocar con el rápido del Havre. »

Pero Eloísa estaba muy orgullosa porque cogía en su jardín la hierbabuena para la ensalada. Eloísa se había ya convertido en una gruesa matrona, y conservaba cuidadosamente unos pendientes y un alfiler de brillantes para ir á comer

una vez el año á casa del secretario del Instituto. Pero siempre buena, sencilla y alegre, salía á veces, á pesar de sus grandezas, á charlar un rato con la modelo de su marido y á aconsejar maternalmente á aquella joven desnuda como un gusano que no hiciese locuras y fuese fiel á su hombre.

Para ir á casa del escultor Cristián Lescuyer tuvo que atravesar el barrio Latino y el jardín del Luxemburgo, aunque ordinariamente evitaba esos sitios llenos de penosos recuerdos de la juventud. Pero aquel día, deseoso de ver á sus amigos, no hizo caso de eso.

Al subir por la Avenida del Observatorio, vió delante de él una señora muy voluminosa que iba empujando un coche de niño y cuyo atavío casero indicaba que debía vivir por aquellos alrededores. Era la señora de Donadieu.

« ¡Ah! ¿Es usted, querido amigo? dijo alegremente con su voz redonda y sonora, deteniendo el cochecillo para dar al magistrado un vigoroso apretón de manos. Gracias á Dios que viene usted á vernos. Donadieu se quejaba ayer, precisamente, de la desaparición de usted.

— ¿Está bueno? preguntó Lescuyer.

— Sí; y en seguida va usted á verle. Ha ido á unas diligencias al otro lado del río y estamos

citados aquí... Comerá usted con nosotros ¿verdad?... Tengo un magnífico melón. »

Cristián aceptó; y estaba mirando á un hermoso niño que dormía profundamente en el carricoche de mimbres, cuando dijo Eloísa :

« ¡Es verdad! Usted no conoce al Ogro...

— ¿El Ogro? repitió el magistrado con algún asombro.

— Sí; le llamamos de ese modo por su buen apetito... Es un niño que hemos adoptado hace seis meses. Ya sabe usted lo que sentíamos « ése » y yo no haber tenido hijos... Nos había dado por los animales. ¿Se acuerda usted de aquel pobre Micifuz? Después tuvimos toda especie de bichos, pájaros, perros, á quienes queríamos como si hubieran sido personas... Y aún tenemos... Hace tres años, estando en una casita que tenemos en el campo, en Monfort-l'Amaury, mi marido quería comprarme un burro para que me pasease en una carretilla... ¡Me estoy poniendo tan gruesa, que es un fastidio!... Pues bien, yo no quise y dije á Donadieu : « Mira, te conozco... Dentro de quince días el burro entrará en nuestro cuarto y le dejarás dormir á los pies de la cama... » Pero mi marido decía continuamente : « Mucho me gustan los animales; sin embargo no equivalen á un niño » y yo acabé por contestarle : « Pues

bien, vamos á adoptar uno... » Y una mañana nos cogimos del brazo y nos fuimos á la Inclusa, donde no hay más que elegir. Donadieu firmó un montón de papeles y nos dieron el Ogro.

Eloísa contaba la cosa sencillamente y sus miradas bondadosas y francas se paseaban de Lescuyer al niño dormido.

« ¡Qué buenas personas son ustedes! murmuró el magistrado, herido en el corazón por el recuerdo de su hija muerta y del bastardo abandonado.

— Sexo masculino. Veintiún meses. Destetado. No, aquello no es largo. Le sirven á usted un chiquillo como el tendero una libra de manteca... Pero, vea usted, he tenido una feliz idea, porque Donadieu está encantado con este rorro y le queremos ya como si hubiera nacido en casa... ¡Pobre ángel! ¿Es posible que haya padres tan desnaturalizados?

Pero la excelente Eloísa interrumpió de repente su reflexión y añadió en voz más baja :

« Pero no, no hablemos mal de ellos. La culpa es de la miseria. »

Cristián Lescuyer sintió que el rubor subía á sus mejillas, pensando en el pasado.

De pronto exclamó Eloísa :

« Ahí está Donadieu.

Con la cabellera y el bigote encanecidos prematuramente, pero con cara joven y sanguínea; como siempre alegre y robusto, el escultor marchaba con gallardía, muy cómodo con su americana azul marino, en la que se destacaba la roseta roja.

« ¡ Por fin se te ve! dijo estrechando la mano á Lescuyer. Pero realmente tú podrías decir lo mismo... En fin, vienes á comer con nosotros... Muy bien pensado. Has escogido perfectamente el día porque mañana nos vamos al campo á pasar todo el otoño... ¡ Vaya con el buen Cristián! ¡ Cuánto celebro verte! »

El « buen Cristián » era un grave personaje, un anciano enlutado, de fisonomía severa y biliosa, pero Donadieu le llamaba siempre así por una afectuosa costumbre de antiguo camarada.

« ¿ Te ha presentado el Ogro Eloísa? añadió el artista dirigiendo una tierna mirada al niño, que seguía dormido.

— Sí, respondió Lescuyer; lo sé todo y os reconozco á los dos en ese rasgo.

— ¡ Bah! ¡ Bah! dijo Donadieu con brusquedad burlona en la que se descubría el pudor de su buena acción. ¡ Vaya un mérito!... Los animales de cuatro patas no nos bastaban, esa es la verdad. Nos hacía falta un bípedo de lenguaje articu-

lado... y ya lo tenemos. Este buen mozo no se pone á gatas más que cada quince pasos y para hacerle decir « papá » ó « pipí » no hay que apretarle un resorte en el vientre como á los muñecos de cartón... ¡ Pero qué hambre tengo! Oye, querida, dijo dirigiéndose á su mujer; debías meter prisa á la cocinera... Van á dar la siete y tienes aún que bajar á la cueva á buscar para Cristián una botella de las que están detrás de la leña... Vete delante. Yo empujaré el cochecillo de nuestro joven.

— Y yo compraré de paso un pastel, dijo Eloísa, que se marchó por la calle de *Michelet*.

Los dos amigos la siguieron sin apresurarse. Donadieu, que iba empujando el carricoche, recordó de pronto el duelo de Cristián y dominado por un escrúpulo de delicadeza, dijo :

« ¡ Mi pobre Cristián! Soy un estúpido con mis alegrías de papá improvisado... Olvidaba tu pena... ¿ Me dispensas? »

— ¡ Bah! dijo Lescuyer disimulando su emoción.

Una vez en casa de Donadieu no se pusieron á la mesa en seguida. Para comer tranquilamente se procedió antes á dar de cenar al Ogro y á prepararle para la noche. Al lado de la mesa en que la niñera le daba su comida, sus padres adopti-

vos le miraban con sonrisa muda y extasiada. Verdaderamente era un hermoso niño lleno de salud, de fuerza y de vida, que empuñaba ya y manejaba solo la cuchara.

« Mira qué tragaldabas! dijo Lescuyer sonriendo.

— Pues ahora verás, exclamó el escultor, cuando desnudén á este caballero... ¡Es soberbio! Tiene un vientre escultural... Ya he hecho de él un boceto...

Por fin el Ogro estuvo acostado, acunado y dormido, y los tres amigos se pusieron á comer la sopa mientras conversaban. Eloísa, que era muy del pueblo y que en su calidad de antigua obrera no leía en los periódicos más que los crímenes sensacionales, habló en seguida del de la calle *Cadet*.

« Vamos á ver, señor Juez; ¿qué opina usted de ese hecho? »

El fiscal no sabía de él ni una palabra, lo que asombró á la gruesa rubia.

« ¿Cómo así? ¡Los asesinatos son, sin embargo, lo que le concierne!... ¡Un crimen horrible! Un comerciante, un prendero ha sido asesinado en su tienda, á las siete de la tarde, en el centro mismo de París y en una calle llena de gente. ¡ Y de un tiro, por añadidura! Nadie ha

visto ni oído nada... Eso pone los cabellos de punta... El asesino se ha marchado tranquilamente con el dinero robado... Esta mañana no se hablaba más que de esto en el mercado... ¿ No ha leído usted el *Petit Journal* ?

— Tiene razón, continuó Donadieu bromeando. ¿ Quién te interesa á ti, sino los asesinos? Esos son los que te hacen vivir, los que te proporcionan tu trabajo... tu pan...

Entonces Eloísa dió todos los detalles del crimen é hizo toda clase de comentarios. Sin duda el tal prendero no sería una víctima muy interesante. Algún encubridor, algún prestamista á la semana, á quien habrá matado alguno de sus clientes. Lo que más asombraba á la buena mujer era la audacia del criminal.

« ¡Bah! dijo Lescuyer. Apuesto á que no va muy lejos en su fuga y á que le prenden en seguida si las cosas han sucedido como usted dice... Veo de qué especie es ese bandido. Un criminal avezado, que estará vigilado por la policía y que gastará ostensiblemente el dinero para hacerse coger... Á estas horas acaso esté ya en la cárcel.

— ¡ Peor para él! Que le corten el pescuezo, dijo la instintiva Eloísa. Con seres semejan-tes no hay medio de dormir tranquila.

Pero Donadieu, menos expeditivo, no era partidario de la pena de muerte.

« ¡Vas muy lejos! dijo á su mujer. Que se deporte á esos canallas, que se nos libre de ellos, perfectamente... ¡Pero la guillotina!... ¡Ay, hija mía! Se conoce que no has visto nunca ese horror. »

Y en unas cuantas frases pintorescas el artista contó que unos amigos le habían hecho ir con ellos en cierta ocasión á la plaza de la Roquette, donde al romper el día había presenciado una ejecución.

Era verano y el cielo estaba puro. El gas palidecía. La multitud, crapulosa, cantaba, gritaba, daba silbidos. Todo resultaba innoble. Nada de cadalso elevado para arengar al pueblo. La guillotina á flor de tierra; una especie de billar chino, con su agujero para meter las bolas y ganar un conejo... ¿Pues y el verdugo? Un señor regordete, muy vulgar; un tipo de corredor de vinos... Pero cuando se oyó el grito de: « ¡Presenten armas! » y el hombre apareció... ¡Ah! Si viviera mil años no lo olvidaría! Toda aquella tropa, el ejército, la magistratura, contra aquel infeliz amarrado, liado... ¡La sociedad entera contra un salchichón!... ¡No! ¡Aquello era espantoso! ¡Aquello era cobarde!...

« Es preciso, sin embargo, que el crimen sea castigado, dijo el magistrado con voz triste y dura. Es un deber social. »

Pero el escultor, más sensible que razonador, no quería convenir en eso. Se entusiasmó y discutió tan vivamente que dejó apagar la pipa dos ó tres veces. La pena de muerte es un resto de barbarie. Las leyes, tan incompletas, tan llenas de lagunas, no tenían derecho á ser inexorables hasta ese punto. Se juzga á un hombre por un hecho en vez de juzgarle por el conjunto, por el total de su vida, y hay verdaderas infamias que no están previstas por el código y quedan impunes.

« ¡Oye! dijo con fuego. Esta idea me estaba ocurriendo cuando fuimos mi mujer y yo á la Inclusa para traernos á este pobre niño. Los hijos del amor no son bonitos; escrofulosos, sifilíticos, llenos de llagas y de costras y, algunos, con la cabeza enorme y llena de agua. Una sucesión de porquerías que les vienen de sus padres... No nos fué fácil encontrar nuestro buen mozo, puedes creerlo... Y además, aun para los que no son físicamente miserables, ¡qué comienzo de vida! ¡Y qué porvenir! ¿Qué les espera al salir del hospicio? Caer en la necesidad, sumergirse en la miseria... Si supiera mañana que el asesino de ese judío de la calle *Cadet* es un hijo abandonado

y fuese yo del jurado cuando se vea su causa, le aplicaría sin vacilar todas las circunstancias atenuantes... ¿Sabes en qué pensaba ante todos aquellos desgraciados? En los bribones de sus padres, que habían abandonado á las madres en tal situación... Porque esta es la historia de siempre... Ahora, señor magistrado, registra tu código. Sobre la investigación de la paternidad, ni una palabra... ¡Vamos! La mano sobre la conciencia, ¿es esto justicia? El miserable que deja plantada una soltera embarazada, ¿no debía también ir á la cárcel? »

Lívido, con los ojos bajos y haciendo maquinalmente dar vueltas á una copa encima del mantel, Cristián Lescuyer, cuyos oídos zumbaban como si fuera á tener una congestión, escuchaba las palabras mortificadoras de aquel hombre honrado.

La conversación, sin embargo, tomó otro giro y los malos recuerdos del magistrado se disiparon. Donadieu contó lo que había hecho durante el día. Había estado por el lado de la Avenida de Villiers, en el barrio de los artistas elegantes, de los pintores con hotel, y había visitado á un antiguo camarada, un retratista muy de moda hacía algunos años, que ganaba el dinero á espuestas retratando judías millonarias y opulentas americanas. El escultor no tenía nada de envidioso y,

sin embargo, no podía menos de comparar su larga y dura carrera con la rápida fortuna de aquel hombre listo.

No podéis figuraros, decía, el lujo de ese farfante de Verdal... En la antecámara un lacayo, con casaca de tres carreras de botones... á lo *fau-bourg Saint-Germain*. Una escalera suntuosa y monumental, toda de roble tallado... Verdal estaba pintando un perrillo con collar de oro en el retrato de una hermosa señora, del Ecuador, cuyo marido ha sido presidente de una república durante cinco horas y media; el tiempo de rebañar la caja... Y para que el pobre animal se estuviese quieto en la posición necesaria, le ponían cada minuto un terrón de azúcar en la punta de la nariz... Verdal me ha recibido muy bien porque piensa tener la osadía de presentar su candidatura al Instituto... Ha estado conmigo muy amable, pero sin interrumpir su tarea... ¡Diantre! está todo el día pintando retratos de diez mil francos y se enriquece como un tratante en cerdos. Dicen que ha tomado la costumbre de no sonarse hasta después de puesto el sol, porque le costaba veinte francos cada vez que dejaba la paleta para tocar la trompa de caza en el pañuelo... Sí, amigos míos, hasta ese punto... El último constipado le ha hecho perder tres mil francos. »